

SERVICIO ESPAÑOL

DE INFORMACIÓN

textos y documentos

«A mayores dificultades, mayor ímpetu». Ha

cambiado el signo del fatalismo español. De pasivo se ha convertido en activo. Dice aún "¡qué le vamos a hacer!"; pero no acompaña a estas palabras un encogimiento de hombros...

(Del artículo: "España contra los elementos").

Número 417

Barcelona, 25 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

En la revista "Il Mediterraneo", que se publica en Roma, el general Ambrosio Valatti, que intervino en la campaña de Etiopía y que ha mandado fuerzas en nuestra península, escribe cínicamente: «Ya es hora de que el mundo se entere de que la campaña de España es una prolongación de la campaña de Abisinia. Nosotros necesitamos imponer nuestra influencia a los españoles, porque, si no, jamás lograremos que el Mediterráneo sea el lago italiano de que habló el "Duce". Por eso ayudamos a Franco».

OPINIONES

España contra los elementos

Por PAULINO MASIP

La decadencia española tiene, para mi uso particular, fecha precisa de origen: 9 de agosto de 1588, día en que se perdió, batida por una tormenta en aguas de Inglaterra, la armada que Felipe II bautizó de «Invencible». Los manuales de Historia cuentan que aquel día España cedió a la impetuosa Britania isabelina, su mastrazgo sobre los mares del mundo; pero, a la vez —¡contradicción inaguantable!—, ponen, como una más de las virtudes que exornaron la enlutada, pálida y rubianca figura de Felipe II, la frase con que el rey siniestro recibió la mala nueva: «Yo no he mandado a mis barcos a pelear contra los elementos. Dios me los dió, Dios me los quitó. ¡Alabado sea el Santo Nombre del Señor!».

Yo aprendí de muchacho a venerar la resignación morbosa, malsana y maldita de estas palabras—que así nos han educado a los niños españoles—, y fué más adelante, pasada ya la adolescencia, cuando el aguijón que con ellas se me había clavado en el alma, comenzó a enconarse. Desde entonces, no me deja dormir, o me acompaña en mi sueño, y su escandido ha martilleado y enturbiado las más limpias fuentes de mi esperanza española.

La decadencia nacional no nace de unos barcos perdidos, obra de los hombres, reparable o subsanable por los hombres mismos: nace del espíritu fatídico que aquel día se instaló en la conciencia de España por la boca autorizada de un rey, que ningún otro supo rectificar. A los desastres del mar siguieron los desastres sobre la tierra, y engarzándose unos en otros, arrastraron en su caída un Imperio creado con sangre, ímpetu y coraje populares. A cada nuevo tumbo, entraban en servicio de mullido el eco de la resignación filipina, y el cuerpo nacional reposaba en ella del quebranto de costillas y vértebras. «Dios nos lo dió, Dios nos lo quitó» o «estaba escrito». Fatalismo, mitad católico y mitad musulmán; extraña mezcla en el recipiente de un austríaco descolorido de cabello y de tez, brumosos los ojos, linfático y gotoso, bajo cuya advocación se ha desarrollado el drama de tres siglos españoles.

No puedo pensar en las palabras de ese austríaco sin un estremecimiento de ira. Todo el dolor de nuestra España rota, desangrada, triste, inapetente y hambrienta, se me traduce en rabia, a su recuerdo. ¡Lo que, por su culpa, pudo ser y no ha sido! ¡las ambiciones que frustraron! ¡las maldades, las estupideces y las inconsciencias que justificaron!

«Puesto que Dios quita y pone barcos, y todo está escrito, dejemos en sus manos omnipotentes nuestro destino, sin mostrar resistencias inútiles ni veleidades de albedrío, que un viento puede derribar. Contra el soplo de Dios, fecundo o devastador, nada se puede, e intentarlo sería, además de sacrilego, ocioso.»

Estos principios, que hasta aquel momento habían servido para llenar los yermos de eremitas, buenos ci-

mientos de vocaciones individuales renunciadoras, se aplicaron—¡monstruosa ocurrencia!—a la política de un Imperio. ¡Qué extraño que pasara lo que pasó! Porque, más adelante, otros reyes olvidaron la letra; pero, como el espíritu quedó flotando sobre la haz desolada de España, siguió siendo razón y disculpa de las bellasquerías menudas, que ni en la intención hubo nadie que pensara ya en grande.

Pero he aquí que, en estos tiempos, otra vez vuelve España a encontrarse con los elementos, y ahora, no manejados por el humor de un Dios caprichudo con quien vale la pena de repetir fortuna, en espera de un ánimo favorable. No. Los elementos desencadenados ahora son de índole implacable, y no es de esperar que cedan y, menos aún, que se tornen benignos. Otra vez, como en agosto de 1588, España se ha encontrado con ellos, y ha sufrido sus embates, y se ha visto desarmada, y se ha reconocido circunstancialmente impotente, y ha podido, con menos desdoro que entonces, renunciar, entregarse a los manes de un destino adverso. Desde el 19 de julio acá, le han sobrado ocasiones, y, hace unos días, en las montañas que circundan el caserío turolense, y dentro de él, la más reciente. Pudo ser, pero no ha sido. La sombra de Felipe II no vela ya, ni paraliza, ni entumece la voluntad española «de vivir y de ser». No habían ido tampoco nuestros soldados a Teruel para luchar con elementos superiores, satánicamente, a sus fuerzas; pero a nadie se le ha ocurrido que sea razón para ceder: sino, por el contrario, razón para empujar con renovado brío. «A mayores dificultades, mayor ímpetu». Ha cambiado el signo del fatalismo español. De pasivo se ha convertido en activo. Dice aún «¡qué le vamos a hacer!»; pero no acompaña a estas palabras un encogimiento de hombros, una mueca desilusionada y un descaecer abrumado de todos los miembros. Ahora las acompañan energía en la mirada, presteza en los brazos y fe en el ánimo resuelta. «¡Qué le vamos a hacer—repite—. El triunfo está lejos, pero llegaremos a él; los obstáculos se amontonan, pero nos abrirán paso; si los elementos se desencadenan, ¡ya los encadenaremos!»

La experiencia no es absolutamente inédita. Hace siglo y cuarto, en los años de 1808 a 1814, el pueblo español dejó de creer también en la fuerza implacable y anonadadora de los elementos, que cayeron sobre él de la misma manera inesperada y cósmica que ahora, y los venció: los venció incluso cuando parecía más vencido; pero, al día siguiente de la victoria, cometió un error grave: y fué que volvió, gustoso, a caer en las mismas mallas espirituales y materiales, gracias a cuya ausencia se había encontrado y rescatado a sí mismo. El espíritu de Felipe II, degenerado en Fernando VII, se enseñoreó nuevamente de la triste y espaciosa España. El antecedente es, sólo hasta cierto punto. (Continúa en la pág. siguiente.)

El hombre y el libro

(Carta al director de «The Manchester Guardian»)

Señor:

La brutalidad de la decisión tomada por Hitler en Austria, es una nueva demostración a nuestro país de que estamos tratando con un hombre cuya palabra no tiene valor alguno. Este acto de agresión es una nueva traición de Alemania, Inglaterra, Francia e Italia garantizaban la independencia de Austria; pero, como en Abisinia y en España, la democracia y el sentido común ceden ante la bota de montar y ante el ruido del sable.

Nuestros estadistas deberían estudiar detenidamente el libro de Hitler *Mein Kampf*. El Führer sigue, paso a paso, la línea de acción señalada en su obra. Se ríe de la idea de que las fronteras alemanas sean las mismas de 1914. El Tercer Reich tiene que incluir a Austria y a todos los pueblos continentales de origen alemán. Dice de manera categórica que Francia ha de ser destruída, y que Italia e Inglaterra se aliarán a Alemania para ese fin. El Tratado naval angloalemán de 1935 fué el primer paso hacia esta alianza. Hitler se vanagloria abiertamente de que cuanto mayor sea la mentira, más fácilmente se creerá:

«A las grandes masas de una nación se las engaña con facilidad en lo profundo de sus corazones, a pesar de que sean malas conscientes e intencionadamente. La primitiva simplicidad de su espíritu hace que sean una presa más fácil para una gran mentira que para una pequeña (pág. 252-3.)»

¿Hemos de ser arrastrados a este sistema nazi, a causa de la falta de visión por parte de nuestro Gobierno? Hitler hará cualquier cosa, a fin de ganar temporalmente nuestro favor, para lograr su propósito. Así lo dice en su libro. Quiere aislar a Francia. Es Francia, y no Rusia, quien le plantea el mayor problema en la actual situación de Europa. Usará nuestra buena fe como instrumento para destruirla:

«Tiene que haber claridad absoluta en una cosa: el enemigo a muerte del pueblo alemán es y sigue siendo Francia. (pág. 766.)»

Hemos recibido de este dictador el requerimiento audaz de que nuestro Gobierno limite la libertad de nuestra prensa, con el fin, supongo yo, de que nuestro pueblo desconozca la verdad, tanto como los pueblos de los países dictatoriales. En Viena hemos visto, destruída por el empleo de la fuerza, la legítima pretensión de Schuschnigg de realizar un plebiscito. Hoy dice Hitler al mundo que sus tropas no efectúan ningún movimiento extraordinario y, al día siguiente, están en Austria y hasta en el paso de Benner, lo cual es ominoso para el Tirol italiano, donde hay población alemana. Se nos dice que Schuschnigg quería «amañar» la elección a su favor, haciendo que sólo votaran los mayores de veinticuatro años; pero, desde la Constitución de Austria del 1.º de mayo de 1934, ésta fué la edad establecida para votar en caso de referéndum. El mero hecho de que Hitler quiera poner en marcha su mecanismo nazi antes de autorizar un «plebiscito verdadero», debe ser suficiente para Europa. ¿Tenía miedo del resultado?

Es irónico oír hablar a Hitler de «opresión racial». Ha olvidado su «limpieza» de judíos. Como Mr. Hoover indicó la semana pasada, este hombre va, a marchas forzadas, a destruir todo lo bueno que hay en Europa, si le hacemos creer que nos asusta su aparato guerrero. La dictadura sólo se sostiene por el sensacionalismo; en el interior, la estructura política es frágil. No tenemos derecho a mantener vivos estos sistemas otorgándoles créditos. Debemos hacer presión sobre nuestro Gobierno para atajar cualquier concesión a Italia o a Alemania.

Harold DAVIES

(«The Manchester Guardian», 15-III-1938.)

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

España contra los elementos

(Continuación)

to, aplicable a nuestro caso; pero en el «cierto punto» hay un peligro contra el cual conviene estar alerta. Los españoles que promovieron las Cortes en 1812, presintieron que no estaba en las águilas napoleónicas el único enemigo; pero eran pocos y mal avenidos. El pueblo no lo vio; el pueblo creyó que los traidores reales eran, como él, víctimas, y los recibió con palio, a su vuelta. Ahora la traición ha sido patente, y no efecto cobarde, sino causa de la invasión extranjera. El alzamiento, la réplica airada fué contra aquélla, anterior en el tiempo, principio primero de la lucha a que se nos ha obligado.

A pesar de la diferencia fundamental, el peligro de la recaída subsiste. No adoptará, claro es, las formas de las viejas vasijas—que éstas sí quedarán quebradas por siempre jamás—; pero si a los odres nuevos se trasladan los viejos caldos putrefactos, habremos vencido a los elementos de fuera, pero los de dentro se nos quedarán enquistados en la carne, dispuestos a retoñar y a sacrificarse.

Convendría, pues, pensar en algunas medidas profilácticas para el día siguiente al de la victoria. Sé que la que voy a proponer, la más urgente a mi juicio, alarmará a los tartufos de todo el mundo. Estén tranquilos: se trata de una simple opinión que, aunque vigorosamente sentida, no rebasa los límites de mi modesta persona; pero, puesto que lo siento, mi honestidad me obliga a proclamarla. La medida profiláctica más urgente será demoler, una a una, las piedras herrerianas del Monasterio del Escorial, aventar las cenizas que en él se guardan y construir, con aquéllas, y en su lugar, una fábrica de aviones. El primer zumbido del primer motor nacido allí, señalará realmente el fin de la decadencia española.

Paulino MASIP

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Salvar a España, es salvar a la Gran Bretaña

«¿Por qué no adoptar una actitud firme ahora, mientras todavía contamos con la compañía de potentes naciones que están unidas y comparten nuestros peligros y nuestras aspiraciones? ¿Por qué hemos de demorar esa decisión hasta que se produzca una derivación general de los pequeños países hacia el régimen «nazi», porque no les queda otra salida?»

Estas palabras de Churchill, pronunciadas en la Cámara de los Comunes el lunes, adquieren actualidad a causa de la crítica situación presente de la lucha española.

Aumenta en este país la creencia de que debemos decir a Hitler y a Mussolini: «Basta ya», y de que Inglaterra tiene la obligación de declarar que ayudará a Francia a contener un ataque alemán contra Checoslovaquia.

Pero Francia se hallará en mala situación para oponer resistencia a un ataque alemán contra Checoslovaquia, si a su espalda hay una España fascista. Por eso actúan ahora en España Hitler y Mussolini para realizar su propósito de una Europa fascista.

Mientras el Gobierno británico hablaba de «no intervención», ellos introducían en España su aviación y su artillería pesada, para preparar la gran ofensiva.

Crean que, si pueden apoderarse de España, tendrán a merced suya a la Europa democrática. No sólo quedará paralizada Francia: una España fascista situada en las líneas británicas de comunicación del Mediterráneo, paralizará también a la Gran Bretaña.

Por consiguiente, las democracias francesa e inglesa corren ahora un peligro no menor que la española. Lo que la artillería alemana trata de hacer pedazos ahora, no es sólo la libertad de España, sino también la de Inglaterra y Francia. O contémos a Hitler y a Mussolini en España, o nos rendimos ignominiosamente y cobardemente al fascismo.

El medio de hacerlo lo sabe todo el mundo: es abandonar la política traidora de los filofascistas ingleses, y enviar aviones y cañones a España; es abrir las fronteras, y permitir a aquellos ingleses y franceses que quieran participar en la defensa de la democracia europea, que lo hagan.

Los que se aferran a esta política criminal de «no intervención» son enemigos del pueblo

inglés y desean la caída de la democracia británica; desean ver a la Gran Bretaña dominada por una Europa fascista, a fin de asegurar la victoria de la clase reaccionaria sobre las libertades del pueblo británico; están dispuestos, en persecución de su política criminal, a que el fascismo alcance una posición tal,

que le permita interceptar las comunicaciones británicas de ultramar, y hacer más difícil la defensa de los dominios autónomos—Nueva Zelanda y Australia—de un ataque por parte del Japón.

La afirmación, que esas personas hicieron hace veinte meses, de que la «no intervención» con-

El Ministerio de Hacienda crea la Agencia Oficial para encauzar las actividades filatélicas del Estado

Las primeras emisiones serán las llamadas «Defensa de Madrid» y «Confraternidad hispanoamericana» y una serie, en homenaje al ejército, con el título de «Las Milicias», «Los Voluntarios» y «Las Internacionales»

Los hombres de la República, cada uno en su puesto, ponen todo su empeño en superarse. Se esfuerzan, trabajan, crean, poniendo en sus creaciones lo mejor de su pensamiento, de sus energías, de sus sentimientos; porque son para la República española, para su pueblo, para ellos mismos, parte integrante del pueblo, al que dedican sus afanes todos.

Tan amplia y tan profunda es la visión de estos gobernantes, tan intenso y extenso su pensamiento, tanto es su entusiasmo, su capacidad de trabajo y voluntad, que no olvidan, a pesar de sus graves preocupaciones de la guerra, nada de cuanto pueda contribuir al esplendor y grandeza de esta España que se está creando al impulso vigoroso del pueblo.

Lo demuestran mil y mil trabajos realizados con el esfuerzo diario, y entre ellos está el que acaba de concluir el Ministerio de Hacienda.

LAS ACTIVIDADES FILATELICAS DEL ESTADO

El Estado español no ha sentido nunca preocupaciones filatélicas. Claro que la España muerta, que trata de resucitar el fascismo, no las ha sentido de ninguna especie.

Y, por consiguiente, tampoco ésta. Son raras las emisiones extraordinarias que se han hecho, y el beneficio obtenido en ella casi nulo.

La mayor parte de las veces, por no decir todas, se autorizaba, para que hicieran esas emisiones, a entidades que no eran el propio Estado; entidades, públicas o privadas, a las que iban a parar los productos de aquéllas.

Esto, unido a la falta de seriedad en las citadas emisiones, fué causa de que el sello español no gozase, en el extranjero, del prestigio a que debe aspirar.

CREACION DE LA AGENCIA FILATELICA OFICIAL

Tal estado de cosas impulsó al Ministerio de Hacienda a crear un organismo que encauzara las actividades filatélicas del Estado; organismo que, con la suficiente autoridad y solvencia para realzar el prestigio del sello español, adoptase las medidas pertinentes.

Este organismo lleva el título de Agencia Filatélica Oficial. Lo preside el director general del Timbre y Monopolios, señor Fernández Noguera, y está integrado por un funcionario, técnico en filatelia, de cada uno de los centros siguientes: Subsecretaría de Hacienda, Dirección General de Correos, Compañía Arrendataria de Tabacos—como entidad encargada en España de la distribución y venta de sellos y demás efectos timbrados—y por un grabador de la Fábrica Nacional de la Moneda y Timbre. La Agencia tiene un gerente y está organizada como entidad puramente comercial.

Al crearla, el Estado español no ha hecho más que seguir el ejemplo de otras muchas naciones que tienen constituidas entidades similares con parecida finalidad.

LAS PRIMERAS EMISIONES

«Las primeras emisiones en que entenderá la Agencia—nos ha dicho el director general de Timbre y Monopolios, señor Fernández Noguera, al que hemos pedido algunos datos sobre el fun-

tribuiría a mantener la paz, puede verse ahora que es una mentira cínica y reaccionaria.

La «no intervención» es el nombre que se da a la entrega traidora de posiciones—claves a los fascistas; es la denominación que se da a la cesión a los fascistas de un trampolín desde el cual asestar un golpe decisivo a los últimos reductos de la democracia, a los últimos reductos del movimiento de la clase trabajadora libre de Europa.

Ha llegado el momento de que todo el pueblo democrático de Inglaterra actúe.

Organizaos en vuestra propia defensa, luchando por que se envíen armas y aviones a España; organizad manifestaciones gigantescas en todas las ciudades y aldeas del país; organizad mítines en todas las fábricas y talleres; obligad a actuar a los Comités ejecutivos locales de las «Trade Unions» y del Partido Laborista.

La guerra fascista está aquí. La democracia inglesa está en peligro.

Contened el avance fascista en Europa.

Salvad a la Gran Bretaña salvando a la democracia española.

Aviones, armas y ayuda para la Brigada Internacional.

(«Daily Worker», 17 de marzo de 1938.)

adoptando todas las medidas conducentes a ese objeto.

Se destruirán las planchas de las emisiones, como se destruirán aquellas en que se cometan errores en la confección de los sellos.

La solvencia, la seriedad de la Agencia Filatélica Oficial, será una garantía.

Tenemos voluntad y no escatimaremos el esfuerzo, como no lo hemos escatimado nunca. Realizaremos una obra. Ya la hemos iniciado, y en distintos aspectos; porque no se ha de olvidar tampoco que se han producido algunas emisiones fraudulentas, debidas, sobre todo, a algunos Ayuntamientos, y que tienen una finalidad casi exclusivamente filatélica, puesto que en la mayor parte se destinan a ser vendidas en el extranjero.

De una sola emisión de esta naturaleza, se han encontrado 33.000 sellos.

Naturalmente, el Director del Timbre ha dado órdenes severas para que estas emisiones sean perseguidas.»

EN ESPAÑA NO HABIA COLECCION DE SELLOS NACIONALES, Y MUCHO MENOS COLECCION MUNDIAL

«El Estado—añade el señor Fernández Noguera—no se preocupó, en absoluto, de tener una colección de sellos españoles, ni un catálogo, y menos, por consiguiente, de poseer una colección mundial.

En esto, como en todo lo demás, hubo en aquellos gobernantes monárquicos indiferencia, negligencia, descuido, cuando no cosas mucho peores, como lo indica el caso conocido de cierto administrador de la Fábrica de la Moneda.

Este administrador, de filiación radical, que ejerció el cargo durante el período straperlista, se encontró con que, si el Estado no tenía colección ninguna, en cambio, la Fábrica poseía tres arcones llenos de sellos, que guardaba precisamente por tratarse de ejemplares raros y curiosos. Y, ni corto ni perezoso, se los vendió en 6.000 pesetas a un conocido comerciante filatélico de Madrid.»

EN ADELANTE EXISTIRA ESA COLECCION

En adelante, gracias al trabajo constante, persistente; al esfuerzo callado, pero profundo, de la Dirección del Timbre, existirá colección de sellos.

En dicha Dirección existen ya algunos de emisiones anteriores. Tendrá España esa colección, colección de inapreciable riqueza, pues—lo señalamos como dato curioso—el valor filatélico de los sellos llega a ser de tal magnitud que algún ejemplar español antiguo, que formará parte de esa colección, ha alcanzado en catálogo el precio de 300.000 francos.

Las informaciones que publica este

DIARIO

responden siempre a la veracidad más estricta

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación.)

apetitoso, que sacaban de un gran perol, y un panecillo blanco.

Angelito trajo el desayuno. Por lo visto, era allí «la muchacha para todo». Le dije que me gustaría que me afeitaran, para no parecer un bandido durante mi juicio, pues esperaba, de un momento a otro, que éste se celebrase; pero Angelito no contestó y me cerró la puerta en las narices.

Volví a mi puesto de observación, en la ventana, y contemplé el movimiento del patio hasta el mediodía. Poco a poco, destaqué entre aquella masa anónima a algunos individuos. El primero en llamar mi atención fué un viejo: tendría unos setenta años; andaba ligeramente encorvado y llevaba un grueso jersey ruso. Me fué simpático inmediatamente. Había algunos chiquillos de trece y catorce años. Supuse que eran rehenes que pertenecían a algunas familias de «rojos». Tres o cuatro hombres, extraordinariamente bien vestidos, con rayas impecables en sus pantalones, y botas relucientes, se paseaban aparte de los otros, dándose importancia. Los bauticé con el nombre de «los dandies», preguntándome por qué estarían en semejante sitio.

Quería también saber si todos esos hombres eran presos políticos o criminales. Sus rostros indicaban lo primero; pero vi a nueve o diez que llevaban en la camisa una escarapela con los colores borbónicos y, a pesar de esto, los demás no les huían. Este detalle estaba en desacuerdo con mis ideas acerca del ambiente creado por los presos políticos.

En el patio, todo el mundo fumaba; tabaco y papel circulaban libremente. Después de fumar durante el viaje, me parecía más dura mi forzosa abstinencia. Con el índice abrí un agujerito en la tela metálica de mi ventana, lo suficiente para introducir por él un cigarrillo. Era fácil: sólo tuve que forzar un poco los alambres. Sabía que, desde el patio, mi celda se veía oscura, y apreté la cara contra los barrotes, explicándoles por señas a los de fuera que deseaba fumar.

Al principio, culpé a la casualidad de que nadie mirase hacia mí. Empecé a gritar; pero había tal alboroto en el cuadrángulo, que encontré difícil hacerme oír, ya que no quería chillar. De todos modos, los más próximos debieron de oírme; pero nadie me contestó.

El verme ignorado así, me produjo una sensación de profundo malestar. Entonces advertí que algunos prisioneros podían ver y oír mis señales perfectamente al pasar; pero que volvían rápidamente la cabeza. Observé nuevamente que nadie se aventuraba a diez pasos de la pared donde se hallaba mi celda.

Por fin, vi que uno de los campesinos de chaqueta azul llamaba la atención de los otros hacia mi celda. Lo hizo muy discretamente. Tres o cuatro de sus compañeros miraron con cautela en mi dirección. Gesticulé aún con mayor vehemencia indicándoles que me hicieran llegar un cigarrillo.

Parecían fastidiados y, sin saber qué hacer, miraban con temor al carcelero, aunque éste se encontraba en el otro extremo del patio. Por fin, uno de ellos se llevó el índice a los labios, encogiéndose de hombros, y el grupo se dispersó.

Es difícil destacar los detalles de un patio, bullicioso y caótico, que contiene trescientas o cuatrocientas personas. Por eso tardé en distinguir, paralela a mi muro, una raya blanca, borrosa y casi invisible, como las de un campo de tenis mal cuidado. La raya nació al finalizar mi hilera de celdas, frente al número 44, la celda de «Caballero»; pasaba por mi ventana y terminaba en las celdas de la izquierda, donde mi vista alcanzaba hasta el 36. Más abajo, desde la 35 en adelante, los prisioneros se acercaba a la pared, libremente, hablando por la ventana con los de dentro. Pero de la 36 a la 44 se extendía la tierra «sin nombre» a diez metros de la pared y de la raya blanca. Las celdas del otro lado de la raya, incluso la mía, eran tabú.

Le aconsejé que lo apuntara todo, para que no se le olvidase. Me contestó que nunca se le olvidaba nada, que «tenía muy buena memoria», y se golpeó la frente como para subrayar la frase. Luego dijo que volvería en segui-

da, y desapareció. Esperé su regreso, y volvió efectivamente; pero volvió quince días después, cuando le correspondió de nuevo el turno de mi celda. Se mostró tan cordial y tan conversador como la primera vez, escuchando con idéntica paciencia la lista que durante una quincena había enumerado ya tres veces al día ante todos sus compañeros, con el mismo éxito.

El almuerzo llegaba poco antes de la una; a esa hora los prisioneros volvían a sus celdas. En España la siesta dura de una a tres, en las oficinas, en las fábricas, en el frente y hasta en la cárcel.

Durante un cuarto de hora el gran cuadrángulo permanecía desierto.

Entonces se abría la celda frente a la mía y dos prisioneros salían al patio. Ambos vestían bien y con gran esmero. Inmediatamente empezaban a andar a buen paso. Uno de ellos, de porte distinguido, ligeramente oscilante, tenía cierto aire de atrevimiento y decisión. Lo bauticé llamándole «Lord Byron». Su amigo era más tranquilo y equilibrado: tenía las mejillas tan hundidas, que daba la impresión de estar tuberculoso.

Pasearon arriba y abajo, sin parar, hasta que dieron las tres. Entonces un carcelero les condujo a su celda. Diez minutos más tarde, el tropel de la mañana volvía a tomar posesión del patio.

Me pasé la tarde espiando desde el hueco de mi ventana; pero ya no intenté hacer señas ni comunicarme con los de fuera. Me alegró que nadie mirase en dirección a mi ventana, satisfecho con ser el silencioso e invisible espectador de aquella vida bulliciosa.

Antes de las siete, trajeron la cena: lentejas guisadas y pan.

Los prisioneros comían en el patio. A eso de las ocho, les hicieron entrar. El espacio vacío se llenó de sombras.

A las nueve, sonó la corneta. A las diez, la última emisora de España dejó oír una melancólica y sentimental melodía.

En la celda de abajo, alguien se quitó las botas dejándolas caer con estrépito sobre los baldosines. Después, los ruidos se fueron desvaneciendo y el sordo silencio de la cárcel llenó todos los rincones como algodón en rama; pero la luz de mi celda ardió toda la noche.

V

Durante mi segunda noche en Sevilla, me desperté varias veces creyendo oír ruidos y la aceitosa voz de Málaga; pero nadie turbó el silencio. Era agradable tener luz, aunque la bombilla me diera de lleno en los ojos.

La luz eléctrica ahuyenta los espectros nocturnos. Soñoliento aún de la pesadilla, me dije que ésta era una cárcel de verdad y no un matadero, como en Málaga; tras siete meses de guerra civil, todo debía estar normalizado. Aquí no había ejecuciones. Me designaron una celda de condenado; pero eso no significaba nada. El día seguía su curso; la vida tenía su ritmo; había colchones que llevaban una fecha. Esto me recordó que, pese a la promesa del carcelero, no habían mudado mi jergón ni mi manta. Era un fastidio. Me alegró el sentirme capaz de preocuparme por tonterías.

«¡Dios mío—rogué—, sigue mandándome pequeñas contrariedades todos los días! ¡Haz, Dios mío, que continúe descontento de la vida, maldiciendo mi trabajo, no contestando mis cartas y siendo una prueba para mis amigos! Debo jurarte que seré mejor, si apartas de mí este caliz. Tú y yo sabemos, Dios mío, que estos juramentos nunca se emplean. ¡No seas chantagista, Señor, y no quieras hacerme santo! Amén.»

El sonido de la corneta me despertó. Esta vez me levanté en seguida, me lavé como pude, sin jabón ni peine, y limpié la celda. Estaba lleno de buenas resoluciones y dispuesto a adaptarme a todo. Me obsesionaba la música de un film alemán: «Empieza una nueva vida». Era un film, estúpido, que había visto el año anterior y que no volví a recordar. Por la noche, el soniquete zumbó en mi oído como una mosca y ya no podía librarme de él: «Empieza una vida».

A las ocho, entraron los prisioneros en el patio y yo volví a ocupar mi puesto de ob-

servación. Me sentía como un *petit-bourgeois* parisino que contempla desde su ventana el bullicio del mercado, mientras fuma su pipa, en mangas de camisa.

Luego volví a la ecuación de una hipérbola. Los muros de mi celda eran de una blancura impoluta, brindándome, para escribir, una amplia superficie. Un trozo de alambre del *sommier* me sirvió de lápiz una vez más.

También garrapaté mi diario en las paredes, pero lo dejé en seguida. Mis frases me parecían bien, recién pensadas; pero luego, escritas, no se apartaban nunca del estilo folletinesco. Al mediodía, hubo otra vez judías guisadas. ¿Las guisarían de una vez para toda la semana?

A la una, aparecieron en el patio Byron y el tuberculoso, desapareciendo puntualmente a las tres. Me estrujé el cerebro pensando qué crimen habrían cometido para estar aislados de los demás prisioneros; debían de estar en un estado intermedio entre la incomunicación absoluta, como la mía, y la libertad relativa de los otros.

Esa tarde me ocurrió una pequeña catástrofe: se me paró el reloj, y me asusté muchísimo. Pensé que, al no tener los eslabones de las horas y los minutos para agarrarme a ellos, acabaría naufragando sin esperanza en la monotonía del tiempo. Pero hurgué con mi alambre entre las ruedas y se puso nuevamente en marcha.

Dedicué el resto de la tarde a las matemáticas, a recitar versos y a la guerra de Troya.

Hubo otra vez sopa de lentejas y la última emisión.

Y empezó otra noche a la luz de mi bombilla.

El día siguiente fué el martes 16 de febrero. Había marcado la pared con signos convencionales para no perder la cuenta del tiempo.

Al primer toque de corneta, recordé que hacía ya una semana que me detuvieron. Advertí que en la cárcel se miden las fechas como para los recién nacidos: primero se celebran las semanas, luego los meses y por fin los años.

Ese día le tocó el turno a la Historia Sagrada, luego a la Literatura francesa. Pero estos temas me atraían muy poco. Advertí con horror que mi educación se compone, sobre todo, de lagunas y que la polilla la había devorado como a un viejo uniforme académico. No lograba concentrarme ni soñar despierto. Los futbolistas del patio no seguían reglas: me aburrían. El timón de mi pensamiento no me obedecía ya. Giré la rueda en vano; marchaba solo. Maté el tiempo matando moscas. De pronto, tuve un ataque de «No matarás» sentimental; fué un leve acceso de manía religiosa. Todo esfuerzo para pensar racionalmente me hacía daño, y sentía una especie de inflamación en todos los centros nerviosos.

El barómetro descendía sin cesar. El «cambio» se hallaba lejos, la aguja había viajado a través de «tormenta, viento y lluvia». Sólo quedaba una profunda depresión y la espesa niebla.

Y para coronarlo todo, otra noche de insomnio, arrastrando sin transición el nuevo día, el octavo, con los toques de corneta, las judías engrasadas, los desdichados esfuerzos por pensar, manteniéndose como un ser humano y no como un triste despojo.

En la tarde de este octavo día, creí que no podría descender más. Pensé ingenuamente haber alcanzado los bordes de la locura. En eso recordé que el Dante estuvo cuatro años encadenado a un banco en un calabozo oscuro, sin poder echarse ni andar: cuatro años, o sea mil quinientos días, y no se volvió loco. Por lo tanto, ni siquiera me quedaba esa última esperanza.

Procuré buscar ejemplos: los esclavos y los prisioneros romanos encadenados en las galerías. Intenté consolarme con la teoría del mal menor. Pero éste es el más vulgar de los consuelos. Siempre me ha indignado, cuando un niño se niega a comer su desagradable papilla, oír a la madre hablando de «los pobrecitos niños que no tienen nada que comer». Decirle a un hombre a quien le amputan un pie que a otros les amputaron los dos, no es consolarle, sino burlarse de él. Entonces se me ocurrió

que, al menos, un «cadena perpetua» tiene una ventaja: sabe que no van a ahorcarlo y se adapta a su vida. La cadena perpetua es una condena y trae consigo un mínimo acervo psicológico: la seguridad y la ausencia del miedo. Conforme al viejo adagio, «se acostumbra uno a todo». «La incertidumbre es tan mala como la muerte», reza otro.

Estas monótonas reflexiones giraban en mi mente como en un molino: un molinillo de treinta céntimos hecho con el material más barato.

Más adelante, ya no tuve por qué envidiar a los de cadena perpetua. Tres días después recibí la primera comunicación oficial de las autoridades: estaba condenado a muerte, pero mi sentencia podía conmutarse por la de cadena perpetua.

En medio de todas estas miserias, apareció el Mesías, a las cuatro y media, en forma de barbero.

Durante esos primeros días, mis reacciones psicológicas me sorprendían continuamente. Las condiciones un tanto insólitas de mi vida suscitaban reacciones insólitas también; la maquinaria de mi espíritu funcionaba conforme a nuevas leyes que me eran completamente desconocidas. Me hallaba en la situación de un conductor que cree conocer a fondo su coche y, de repente, se encuentra que éste responde a la presión del acelerador con un brinco y a la de los frenos con una vuelta de campana. La aparición del barbero desencadenó tal terremoto en mi sensibilidad, que tuve que agarrarme al grifo del agua para no caerme. Sentí—*horribile dictu*—que se me humedecían los ojos. El barbero, reflejado en cada una de mis lágrimas, adquiría todos los colores del arco iris, como en un halo resplandeciente: era el redentor que me salvaría de todos los males. Había llegado; todo estaba bien, y el granítico bloque de mis temores flotaba grácilmente en el espacio, como si estuviera lleno de gas.

En los ámbitos de la locura, si un guijarro puede desencadenar una avalancha, también puede contenerla. La avalancha de mi desesperación se derretía entre los copos de blanca espuma con que el barbero enjabonaba mi rostro.

«¡Repican las campanas, repican las campanas, me están afeitando; he vuelto a la tierra!»

Mientras me afeitaban, don Antonio, el simpático carcelero que estubo de guardia en el patio el día antes, presenció la ceremonia.

Fué el primer carcelero que entabló conversación conmigo. Como yo era un incomunicado, estaba prohibido hablarme, y hasta entonces los carceleros se limitaban a los monosílabos cuando me traían la comida. La celda era una bóveda encerrada bajo una triple coraza: el triple muro del silencio, la soledad y el miedo.

¡Oh, el grato solaz de la compañía humana!

El barbero seguía enjabonándose; don Antonio fumaba, sentado en mi cama, y el triple muro se derrumbaba como los de Jericó. El barbero me preguntó si la navaja me hacía daño: le contesté que era una navaja magnífica; don Antonio me preguntó si deseaba fumar: le dije que me encantaría. El barbero me afeitaba. Don Antonio hizo un cigarro y me lo encendió.

«¡Oh Susana, Susana! Después de todo, la vida es bella!»

Todo fumador empedernido sabe que el primer cigarro después de una larga abstinencia, produce siempre una leve sensación de mareo. Fumé, casi sin respirar, en hondas y ávidas bocanadas, hasta que la celda empezó a dar vueltas.

Minutos más tarde, cuando el barbero se puso a cortarme el pelo, volví a sentirme lo bastante sereno para charlar razonablemente con don Antonio.

Supe por él que todos los jugadores del patio eran presos políticos: republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas, procedentes de Sevilla y de los pueblos más próximos. Había, a más, un pequeño contingente de falangistas y legionarios del Ejército de Fran-

(Continuará)